

PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO: GUERRA Y REVOLUCIÓN¹

Dr. Ibrahim Hidalgo

Durante doce años insistió José Martí ante los independentistas cubanos sobre la necesidad de utilizar adecuados métodos de dirección para organizar una nueva guerra contra el colonialismo español que oprimía a su patria. Otro hubiera desistido ante las incomprendiones, las dudas acerca de sus propósitos y hasta acusaciones que lo situaron, en determinados momentos, al margen de las actividades del movimiento insurreccional. La trayectoria hacia el liderazgo estuvo plagada de notables obstáculos, vencidos por la convicción de la certeza de sus concepciones revolucionarias, formadas en el estudio de la realidad pasada y presente de su país, de los otros pueblos del continente americano y del mundo, así como de la práctica conspirativa y organizativa, uno de cuyos momentos principales se halla en la etapa previa al estallido de la llamada Guerra Chiquita y hasta el final de esta, en 1880.

¹ Conferencia impartida en la sesión solemne dedicada a la conmemoración del 10 de abril de 1892. (Para la redacción de este breve texto he utilizado fragmentos, sintetizados, de los estudios "El Partido Revolucionario Cubano: guerra y democracia" y "Democracia y participación popular en la República martiana", que se hallan en mi libro *Partido Revolucionario Cubano: independencia y democracia*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010 (segunda edición: 2011).

En los textos martianos de este año, motivados por las relaciones con el mayor general Calixto García y los demás miembros del Comité Revolucionario Cubano radicado en Nueva York, encontramos la expresión de ideas fundamentales que desarrollaría en el transcurso de más de una década. El joven revolucionario valoró la experiencia del fracaso de las dos guerras contra el colonialismo español, las cuales no habían logrado fusionar a los elementos que en Cuba y en el extranjero coincidían en los objetivos propuestos. Los factores disgregadores eran más poderosos que los aglutinadores. De una forma u otra, hacían su labor corrosiva el enfrentamiento entre veteranos de la guerra y de la emigración, el racismo, el autoritarismo, la pasividad de los derrotistas y la labor desmovilizadora de anexionistas y autonomistas.

Desde el final de aquellas contiendas bélicas, Martí había apelado a todos los recursos a su alcance —discursos, entrevistas, cartas, llamamientos, artículos en la prensa, conversaciones personales—, para demostrar que la base del éxito de una nueva tentativa se hallaba no sólo en la acertada estrategia militar, aunque la encabezaran los más dignos y experimentados veteranos, sino en vencer los escollos dentro del propio pueblo al que debía apelarse para su realización. Era

condición primera lograr la unidad de todas las fuerzas del país, sin exclusión alguna, salvo de quienes se apartaran por soberbia o intereses materiales. Urgía deshacer cuanto apartara al que pensaba que la dirección debía estar exclusivamente en manos militares del que también erróneamente creía más acertada la conducción solamente por civiles; al combatiente de la manigua del que permaneció en las emigraciones, al que se hallaba fuera de la Isla de quien se encontraba en su interior, de los residentes en una región u otra del territorio patrio, a la nueva generación de la formada en la Década Heroica, al propietario del obrero, al blanco del negro, a los cubanos de los españoles honestos.²

Estos propósitos, que hoy aparecen ante nosotros con el peso de verdades irrefutables, no eran compartidos por la generalidad de quienes en Cuba y el exterior mantenían vivo el ideal independentista en los inicios de la década de los años '80. Martí no se amilanó; por el contrario, las objeciones a sus criterios sirvieron de acicate para profundizar en sus argumentos y divulgarlos de modo adecuado. Comprendía la dificultad de su aceptación por una mayoría patriótica

² Ver Paul Estrade: "José Martí: una estrategia de unión patriótica y democrática", en su *José Martí, militante y estratega*, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, p. p. 66-87.

que durante años consideró indispensable poseer experiencia militar, adquirida en los campos insurrectos, para trazar rumbos y llevar adelante los propósitos independentistas. Martí carecía de ella, pues no pudo incorporarse a las filas mambisas durante la Guerra de los Diez Años ni a la continuación de esta, aunque en ambas estuvo involucrado, y en la última se destacó como conspirador en La Habana y organizador en la emigración neoyorquina. Tales méritos no fueron suficientes para que prevalecieran sus criterios acerca de la necesaria labor organizativa y preparación político-ideológica como condiciones previas de un nuevo intento armado.

Pero la realidad demostró la certeza del joven revolucionario. Al insistir en métodos carentes de los requisitos en los cuales él insistía, hubo pérdidas humanas valiosas, como las de Carlos Agüero, Ramón Leocadio Bonachea, Limbano Sánchez y los combatientes que los acompañaron en las expediciones de 1884 y 1885; paralelamente, fracasaron las labores de los mayores generales Máximo Gómez y Antonio Maceo al frente del Plan de San Pedro Sula, iniciado en 1884 y concluido sin éxito en 1886, y del que Martí se separó en los momentos iniciales, al considerar insuficiente su sustentación política y cuestionar los métodos empleados por ambos militares.

La voz del Apóstol volvió a escucharse en público a partir de 1887, cuando parecía despejada un tanto la visión de múltiples sectores patrióticos acerca de la necesidad de buscar nuevas vías organizativas. Quien ya era conocido como el *Maestro* —por su labor docente, ejercida con magisterio ético— tampoco logró entonces la total aceptación de sus planes. En 1882 había realizado un prematuro intento, cuando recabó apoyo con la finalidad de oponer las ideas independentistas radicales a quienes "favorecen vehementemente la anexión de Cuba a los Estados Unidos."³ Cinco años después realizó un nuevo esfuerzo, junto a un grupo de seguidores, quienes lo eligieron presidente de la denominada Comisión Ejecutiva, de fugaz trayectoria, al obtener sólo muestras de adhesión de los principales jefes militares, pero sin compromisos decisivos en las tareas emprendidas.

Durante ese período, la capacidad analítica de José Martí —cuyo pensamiento se hallaba en continuo desarrollo—, había alcanzado un enriquecimiento y profundidad notables, asombroso aún para quienes lo estudiamos actualmente. No escapaba al político previsor que la guerra contra España debía proponerse la liberación de sus últimas

³ José Martí: Al general Máximo Gómez, N. York, 20 de julio 1882, en *Obras Completas. Edición Crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010, t. 17, p. 328.

posesiones en América, no sólo Cuba, sino también Puerto Rico, acontecimiento que trascendería el marco de los campos de batalla para insertarse en una convulsa situación internacional, cuando las potencias del orbe aspiraban a hacerse fuertes en diversas zonas del planeta, en pugna con sus competidoras. La liberación de las dos islas, por tanto, debía contar con el apoyo de los pueblos de todo el continente, a los que alertaba, mediante su labor periodística, sobre los riesgos de la política expansionista de los Estados Unidos. La independencia de Cuba constituía el único modo de alcanzar una nación soberana, que haría posible el enfrentamiento a la previsible injerencia del poder avasallador del vecino imperial del Norte.

El propósito martiano no sólo incluía el éxito de la guerra necesaria contra el enemigo colonial, sino un complejo proyecto fundacional de alcance antillano y proyecciones continentales, dentro de un mundo convulso en el que se enfrentaban potencias avariciosas, cuyos designios podrían romper el equilibrio planetario, como ocurrió cuando habían transcurrido menos de tres lustros del siglo XX. La garantía de supervivencia de la nación cubana, una vez lograda la derrota del colonialismo español, estaría sustentada en la cohesión interna de los elementos disímiles que la componían. Esta constituía el cimiento de

su concepción de la *unidad patriótica y revolucionaria*, elemento esencial del proyecto a llevar a cabo.⁴

Para alcanzar la unidad era —y es— necesario ganar el pensamiento y los sentimientos patrióticos de todos los sectores de la población, incluso de quienes no coincidían plenamente con la totalidad de los enunciados del proyecto inicial. Así lo había expresado en 1880, en su memorable "Lectura en Steck Hall", cuando dirigió la palabra no sólo a quienes confiaban en los objetivos de la guerra, sino también a los vacilantes, a "los que dudan", a "perezosos y cansados", e inclusive llamó "al honor severamente a los que han desertado su bandera".⁵ Una de las condiciones del éxito es el logro de la "unidad de pensamiento", pero esta de ningún modo quiere decir "la servidumbre de la opinión", por lo que Martí no aspiraba "a una unanimidad imposible en un pueblo compuesto de distintos factores, y en la misma naturaleza humana",⁶ sino a propiciar la coincidencia en

⁴ Ver P. Estrade: "José Martí: una estrategia de unión patriótica y revolucionaria", ob. cit., p. 58-60; y Pedro Pablo Rodríguez: "La idea de liberación nacional en José Martí", en *Anuario Martiano*, no. 4, publicado por la Sala Martí de la Biblioteca Nacional de Cuba, La Habana, 1972.

⁵ José Martí: "Lectura en la reunión de emigrados cubanos, en *Steck Hall*, Nueva York", en *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, t. 4, p. 183. (En lo sucesivo, las referencias a esta edición se harán con las siglas OC, seguidas del tomo y la paginación.)

⁶ J. Martí: "Generoso deseo", *Patria*, 30 de abril de 1892, en OC, t. 1, p. 424.

medio de la diversidad de matices propia de toda mentalidad creadora, sin imponer límites absurdos que causarían el alejamiento de quienes coincidían en el objetivo irrenunciable: “Lo que se ha de preguntar no es si piensan como nosotros [...] ¡sino si sirven a la patria [...] con aquel estudio de los componentes del país y el modo de allegarlos en vez de dividirlos [...!].”⁷

El Apóstol incrementó entonces la labor de convencimiento, de modo que la mayoría de la población conociera y compartiera la nueva concepción revolucionaria, y se abriera cauce el razonamiento: “Un pueblo, antes de ser llamado a guerra, tiene que saber tras de qué va, y adónde va, y qué le ha de venir después.”⁸ Condición transcendental, pues las características de la república futura eran del todo novedosas, una forma de organización social diferente a las que existían en su época, una sociedad a la que “no ha llegado aún, en la faz toda del mundo, el género humano.”⁹

⁷ J. Martí: Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en *Masonic Temple*, Nueva York, 10 de Octubre de 1887, en OC, t. 4, p. 219.

⁸ J. M.: A J. A. Lucena, New York, 9 de octubre de 1885, en OC, t. 1, p. 186.

⁹ J.M.: “Los pobres de la tierra”, *Patria*, Nueva York, 24 de octubre de 1894, OC, t. 3, p. 304-305.

El mejoramiento de este sólo puede alcanzarse mediante “el pleno goce individual de los derechos legítimos del hombre”,¹⁰ con lo cual se fortalecería la nación frente a quienes sólo aspiran a sustituir a los mandatarios, a continuar la mala tradición de despreciar las necesidades y opiniones de las mayorías y a generalizar la desconfianza paralizante desde posiciones autocráticas y dogmáticas. Un efecto nocivo ocasionaría asumir modos elitistas de establecer las relaciones entre dirigentes y dirigidos, con la primacía de la burocratización, la excesiva centralización y formalismos conducentes a la parálisis del flujo de interrogantes y respuestas, preocupaciones y soluciones, con total alejamiento de las palpaciones contradictorias de la vida real, lo que provoca la marginación y el retraimiento de las masas en la práctica cotidiana, ámbito donde se forman realmente los ciudadanos. El Maestro advirtió sobre este negativo fenómeno y sus consecuencias, y llamó a “echar pie a tierra con la patria revuelta”.¹¹

¹⁰ J.M.: “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América”, *Patria*, 17 de abril de 1894, en OC, t. 3, p. 139. En otra ocasión el Apóstol expresó: “Sólo el ejercicio general del derecho libra a los pueblos del dominio de los ambiciosos.” (“Cartas de Martí”, *La Nación*, Buenos Aires, 27 de enero de 1884, OC, t. 9, p. 488.)

¹¹ J.M.: “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano...”, ob. cit., OC, t. 3, p. 140.⁰⁰

En Martí es constante la preocupación para que se viabilizaran el diálogo y el debate, e insistía en el respeto a las opiniones diferentes: “El respeto a la libertad y al pensamiento ajenos, aun del ente más infeliz, es en mí fanatismo.”¹² La patria libre no podría existir mientras continuara maniatado el pensamiento de los ciudadanos. Desacertaba quien excluyera a los que concibieran las soluciones con tibieza, o con ansias desenfrenadas, pues no se trataba de imponer un modo de razonar, sino de servir a la patria con el estudio adecuado de los elementos que la componen. Con las capacidades y limitaciones que la caractericen, cada persona puede formarse un juicio, y debe encomiarse la honradez de expresarlo con franqueza, sin temor al error, pues este puede rectificarse. Dishonesto es el que “desea para su pueblo una generación de hipócritas y de egoístas”,¹³ incapaces o temerosos de decir lo que sienten y piensan, con la mente puesta sólo en sus intereses personales, sin tener en cuenta los de la colectividad a que se deben. La participación, el diálogo, el intercambio sincero de puntos de vista, propicia soluciones mejores que las que elucubra una

¹²J.M.: Carta al general Máximo Gómez, New York, mayo 12, 1894, en OC, t. 3, p. 166.

¹³J. M.: Lectura en la reunión de emigrados cubanos, en *Steck Hall...*, ob. cit., t. 4, p. 188-189. Ver Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868 en Masonic Temple, Nueva York, 10 de octubre de 1887, OC, t. 4, p. 218-220.

sola mente. A la diversidad de opiniones no temía el Maestro, sino a la falta de ellas, muestra de pobreza espiritual y sumisión, con las que no se forjan naciones fuertes, sino colectividades aborregadas.

Tales opiniones sobre las complejas tareas organizativas de la guerra futura y de la *República nueva* ganaban adeptos hacia el principio de la década de los años '90. Fue entonces cuando el mayor general Antonio Maceo realizó el intento de promover la guerra desde el interior del territorio cubano. Valiéndose de un pretexto familiar logró el acceso al suelo patrio y, con su atracción personal y el prestigio alcanzado por sus ideas y sus glorias militares, logró iniciar una conspiración que, descubierta por las autoridades ibéricas, determinó la expulsión del Héroe de Baraguá con el consiguiente fracaso del propósito insurreccional.

José Martí y otros muchos independentistas conocieron del hecho y reafirmaron la convicción de organizar sobre bases nuevas las fuerzas dispuestas a luchar contra el colonialismo. Entre estas, en primer lugar, se hallaba la implementación de métodos de dirección que superaran las principales contradicciones existentes. Debía crearse una organización político-militar capaz de vincular a todos los

dispuestos a enfrentar y vencer la dominación foránea, y a fundar una sociedad diametralmente distinta a la que se heredaría del coloniaje.

Eran objetivos esenciales de la nueva organización preparar la guerra independentista y, a la vez, crear las condiciones político-ideológicas que garantizaran el espíritu y la práctica democráticos de la república que surgiría de la contienda bélica. No eran procesos sucesivos, sino se realizarían paralelamente hasta alcanzar la ansiada libertad, y con ella las condiciones propicias para la emancipación humana. El Apóstol no establecía una separación entre ambos momentos, pues para él “la política, o arte de ordenar los elementos de un pueblo para la victoria, es la primer necesidad de las guerras que quieren vencer”; dijo, de modo conciso: “La guerra es un procedimiento político”; y concluyó: “Preparar la guerra, es guerra”.¹⁴

A esta labor se constreñiría el Partido, a organizar la contienda bélica, no a dirigirla. Tal precisión de sus funciones ratificaba el desinterés con que sus miembros se entregaban a la lucha

¹⁴ Los fragmentos citados se encuentran en J. Martí: Discurso en Hardman Hall, Nueva York, 17 [14] de febrero de 1892, *Patria*, suplemento, 14 de marzo de 1892, en OC, t. 4, p. 303; J.M.: "Nuestras ideas", *Patria*, 14 de marzo de 1892, en OC, t. 1, p. 317 y José Martí: A los Presidentes de los *clubs* en el Cuerpo de Consejo de Key West, New York, mayo 27 de 1892, en *Epistolario*, Compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, t. III, p. 114, respectivamente.

independentista. Martí expresó que "la misión previa y transitoria" del Partido Revolucionario cesaría "el día en que ponga en Cuba su parte de la guerra".¹⁵ El país se daría sus propios jefes e instituciones, y sería el gobierno elegido en la Isla insurrecta el encargado de guiar a los patriotas, cuando el aparato partidista asumiría las tareas de auxiliar a la autoridad suprema de la Isla en armas, que se caracterizaría por su "respetable representación republicana", garantía de la "plena libertad en el ejército".¹⁶

La doble función del Partido Revolucionario Cubano, política y militar, puede apreciarse en las *Bases*, documento programático que consta de ocho artículos, en los cuales se hace el llamado a la guerra, o se mencionan las características de esta, en siete ocasiones: ordenar "la guerra en Cuba", "guerra generosa y breve", "guerra de espíritu y métodos republicanos", "la guerra que se ha de hacer", "triunfo rápido de la guerra", "recursos continuos y numerosos para la guerra", acelerar "el éxito de la guerra". En los propios artículos queda expuesta la finalidad de la contienda, "encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla", dirigida a

¹⁵ J.M.: "Los emigrados, las expediciones y la revolución. El alzamiento supuesto de marzo", *Patria*, 1 de abril de 1893, en OC, t. 2, p. 275.

¹⁶ J.M.: A Manuel Mercado, Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895, en OC, t. 4, p. 169.

fundar "una nación capaz de asegurar la dicha de sus hijos", asumir "los deberes difíciles que su situación geográfica le señala", y desarrollar "un pueblo nuevo y de sincera democracia", "para el decoro y bien de todos los cubanos", abrir "el país inmediatamente a la actividad diversa de sus habitantes", y alcanzar "la fundación de la nueva República indispensable al equilibrio americano."¹⁷

La adhesión a estos documentos fundacionales no se hizo esperar. Los clubes ya existentes y los de nueva creación le dieron su apoyo, y el 10 de abril de 1892 fue proclamada la nueva organización, que encabezaría José Martí desde entonces y hasta el momento de su primer y único combate armado. Sólo contaba con cuarenta y dos años, suficientes para crear una obra que trascendió su época y se proyecta hacia el futuro. Lo había avizorado, y hoy sus palabras tienen la fuerza de un compromiso: "Nosotros somos espuela, látigo, realidad, vigía, consuelo. Nosotros unimos lo que otros dividen. Nosotros no morimos. ¡Nosotros somos las reservas de la patria!"¹⁸

¹⁷ Los fragmentos citados en el párrafo han sido tomados de J. Martí: "Bases del Partido Revolucionario Cubano", en OC, t. 1, p. 279-280.

¹⁸ J.M.: Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en Masonic Temple, Nueva York, 10 de Octubre de 1888, en OC, t. 4, p. 232.